

SILLÓN DE OREJAS Por Manuel Rodríguez Rivero

Encaramado al árbol del jacarandá

FERIA INTERNACIONAL del libro de Londres, 2012. Hace unos años en sus corrillos y foros se hablaba de la emergencia de las transnacionales, de la dictadura de las cadenas librerías, del ascenso del agente literario, de las nuevas tecnologías, de la digitalización de la lectura. Este año se habló, sobre todo, de China, protagonista absoluta de la Book Fair, y a quien el sector británico, inmerso en una crisis que está dando al traste con las librerías "de calle mayor", parece contemplar como un nuevo Eldorado. Con 170.000 puntos de venta diseminados por todo el país y una clase media ascendente hambrienta de educación y conocimientos, China ya ha dejado de ser un gigantesco taller de artes gráficas baratas para convertirse en un cliente privilegiado y exigente, de ahí las colas que podían verse ante los lujosos stands del pabellón 2 de Earls Court, en el que también había asentado sus reales por primera vez Amazon.com (y, más sorprendentemente, la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía). Por lo demás, la crisis se ha hecho más evidente en la capital de la libra esterlina, a pesar del regalo de los Juegos Olímpicos. Junto a Gerrard Street, en el corazón turístico de Chinatown, han aparecido prostitutas orientales que ofrecen rápidos *massages*, algo jamás visto en el barrio. Cerca, en la antigua y muy librería Charing Cross, la antes excelente librería Blackwell's se ha desprendido de parte de su espacio y ha reducido el fondo: durante una estancia de más de dos horas no conté en ella más de una quincena de clientes. Y en la legendaria Foyle's lo más animado era el café (afuera llovía). Volviendo a la Book Fair, lo más buscado y ofertado (además de las consabidas novelas "negras") sigue siendo la ficción escrita por mujeres (especialmente de países culturalmente lejanos), con predominio de temas "inspiracionales": historias de amor y de amistad, pero sobre todo de heroísmo femenino y "superación", y aún mejor si en la narración se entrecruzan recetas gastronómicas locales. El "libro de la feria" ha sido, sin duda, *Children of the Jacaranda Tree*, de la iraní (licenciada por Berkeley y residente en Turín: no es una paria) Sahar Delijani, que cuenta una historia multigeneracional con todos los requisitos para convertirse en uno de esos éxitos que se amoldan a los gustos hegemónicos globales. La ha comprado por un anticipo de "seis cifras" Weidenfeld & Nicolson (un sello del grupo Orion, que a su vez pertenece a Hachette), lo que ha dado pie a que determinadas terminales mediáticas ya estén haciendo su promoción internacional (si cuesta tanto tiene que ser buena, reza subliminalmente el mensaje). En fin, la veremos pronto traducida, de modo que paciencia y a ver quién se la queda.



Ilustración de Max.

Traducciones

EN CUANTO A las traducciones, uno tiene sus manías. Ya sé que las de Shakespeare que publicó Astrana Marin a finales de los años veinte del siglo pasado distan de ser filológicamente correctas, y que su castellano resulta hoy casi tan "arcaico, barroco y castizo" como el de José Mor Fuentes, que fue el autor de la primera (1842) versión española de la grandiosa *Decadencia y caída del Imperio Romano*, de Edward Gibbon. Pero ocurre —ay— que la primera vez que leí (y me rendí) a Shakespeare lo hice de la mano de Astrana y, salvo el propio autor en su lengua (a la que accedí más tarde), ya no hay quien elimine de mi maltrato oído la resonancia de aquella prosa redicha y apasionada. Incluso cuando me enfrento a traducciones

más recientes —y mejores— de, por ejemplo, Valverde, Conejero, Pujante o Molina Foix, echo de menos aquella sonoridad obsoleta y majestuosa que tengo incrustada en algún pliegue de mi cerebro. Por no hablar de las notas inolvidables (y a menudo sesgadas) que el cervantino Astrana introducía como explicaciones, glosas o comentarios a las obras del Bardo. Recuerdo, por ejemplo, aquella estupenda con la que el esforzado polígrafo conquisaba a pie de página su traducción del *Aroint thee, witch!* que le dicen a una de las brujas de *Macbeth* (acto I, escena III), por un castizo "¡arredro vayas, bruja!", una exclamación, por cierto, que como incontentible reflejo condicionado me viene a mi enferma cabeza cada vez que se me aparece en la pantalla (o en mis pesadillas) cierta Presidenta de comunidad autó-

noma. Viene lo anterior a cuento de la nueva (y espléndida) traducción de la obra maestra de Gibbon llevada a cabo por José Sánchez de León Mendiña, y cuyo primer volumen (de dos) acaba de publicar Atalanta. Me ha bastado con reparar algunos pasajes que me gustan particularmente para comprobar que la nueva es, con su prosa elegante y rítmica, la traducción que se merecen los lectores españoles del siglo XXI, de modo que es la que desde aquí les recomiendo. Pero, qué quieren que les diga, yo me siento más hecho a la antigua, que es la que (por ahora) conservo en un estante elevado de mi caótica biblioteca. Y es que, además de su lenguaje "arcaico, barroco y castizo", en la nueva echo también de menos algunas notas simpáticas (aunque quizás espurias) incluidas en la edición anterior (ignoro si procedentes de otras ediciones británicas), como aquella que en el capítulo VI aclaraba que el vicioso Helio Gáballo (uno de mis emperadores literariamente favoritos, gracias a Antonín Artaud) había nombrado ministros a tres de sus amantes (un bailarín, un cochero y un barbero) en razón de la *enormitate membrorum*. Se conoce que al divino César le gustaban bien dotados.

Montaña

SUPONGO QUE si salieron a curiosear (e incluso a comprar) para Sant Jordi o para ese pariente (algo más pobre y madrileño) que es la Noche de los Libros, ya se habrán dado cuenta de que la avalancha de novedades continúa, como si las realidades de un mercado deprimido no alteraran los planes editoriales. Ante tanto material uno se siente como el agobiado escalador de una interminable montaña de libros en la que no es fácil decidir qué comprar con un presupuesto bastante más reducido que el de otros años y menos margen para el capricho. Algo todavía más difícil si ya se ha gastado una parte en la trilogía distópica de *Los juegos del hambre* (Molino), de Suzanne Collins, que es la lectura preferida esta temporada por los quinceañeros y demás "jóvenes adultos" de todo el planeta-imperio. En mi caso, esta vez me he inclinado por libros menos evidentes, como la colección de relatos minimalistas *Dime*, de Mary Robison, que acaba de publicar Alba en una nueva serie dirigida por la escritora María Tena, o la trilogía de novelas cortas (*La señora Kirchgessner*, *El nispero* y *Los lugares del delito*), de Luigi Pintor (El Aleph), fundador junto con Rossana Rossanda de *El Manifiesto* (1969) y uno de los más influyentes periodistas italianos de izquierda de la segunda mitad del siglo XX. Ambos han sido estos días lecturas provechosas, y hasta balsámicas, si considero el estado de ánimo tremendamente deprimido en que me sumieron los resultados obtenidos por *madame Le Pen* en *le premier tour*. A ver si ahora resulta que gana otra vez Merkozy y, encima, teniendo que hacer concesiones al neofascismo rampante. Lo que faltaba. •

Vuelta a las fuentes de la imaginación

La hija del rey del país de los elfos

Lord Dunsany
Traducción de Marian Womack
Alfábia, Barcelona, 2012
368 páginas, 22 euros

Por José María Guelbenzu

POCO CONOCIDO en España, Lord Dunsany (1878-1957), dramaturgo y narrador inglés aunque de una noble familia irlandesa, es uno de los impulsores del renacimiento literario irlandés y el mejor escritor de fantasía que ha dado ese país; su influencia se extiende a autores tan reconocidos como Lovecraft, Tolkien, Ursula Le Guin, M. Moorcock e incluso a J. K. Rowling. Fue amigo de Yeats y Lady Gregory, fundadores de Abbey Thea-

tre donde él estrenó varias obras. *La hija del rey del país de los elfos* es una novela, y aunque él es aún más apreciado por sus cuentos fantásticos, ésta es un resumen ejemplar de ese mundo intertemporal donde las tradiciones populares, la fantasía, la magia, el exotismo y los elementos oníricos se desdibujan creando un espacio mítico autosuficiente. La novela parte de la historia de amor entre Álvic, hijo del señor de la tierra de los hombres de Erl, y la hija del rey del país de los elfos, Lirazel. Ambos lugares están separados por una zona infranqueable para los últimos salvo por alguna ayuda de orden mágico, como es la espada que consigue Álvic. Este se adentra en el país de los elfos, conoce a la princesa, se enamoran y ella, con disgusto de su padre, se traslada a Erl y da a luz a un hijo, Orión. A partir de aquí, se suceden las aventu-

ras: Lirazel regresa a su país; el rey, para protegerla, repliega su reino y éste desaparece; Álvic parte en su busca con seis de los suyos, que se convierte en una gesta dramática y estéril; Orión se convierte en cazador y acaba atrapando a los unicornios; los trolls y otras criaturas élficas y de las ciénagas se adentran en Erl... El renacimiento irlandés se enfrentó a la aplastante influencia de la literatura inglesa con la intención de crear una literatura netamente irlandesa, propiciada por el ambiente nacionalista; a su vez, los dramaturgos del Abbey Theatre optaron por el simbolismo contra el naturalismo de Ibsen. La literatura de Dunsany se decantó inmediatamente por la suma de estas dos opciones y la novela es un ejemplo perfecto de ello. La diferencia fundamental entre el país élfico y la tierra de Erl es el tiempo; en el primero no

existe, en el segundo sí. En el país élfico, las modificaciones se producen por efecto del poder de la magia del rey y en la tierra por efecto del paso del tiempo. La Naturaleza es dominante en la obra y artífice de las maravillosas y líricas descripciones; el país élfico es una especie de lugar pagano mientras que en la tierra la figura del Liberador es la que defiende el orden sagrado y unitario de la tierra de Erl contra la magia. El culto a la Naturaleza es protagonista principal de su escritura, que crea efectos descriptivos admirables por su luminosidad e imaginación los cuales, a su vez, crean la sensación de intemporalidad en la que flota su fantasía con una naturalidad admirable. Este es un libro para cualquier lector sensible porque opera como una vuelta a las fuentes de la imaginación y su conclusión, admirablemente resuelta, tiene un punto agri dulce muy inteligente, un final con un precioso y melancólico cierre en las últimas páginas. Bienvenido sea Dunsany, de quien ya se editó *El libro de las maravillas y Cuentos asombrosos*. •

EL PAÍS BABELIA 28.04.12 17

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Cen: 1 877 980 4840 Intern: 800 836 6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW